

## Consumo y Ennoblecimiento del Espacio Público\*

Rogério Proença Leite\*\*

Los proyectos contemporáneos de *gentrification*<sup>1</sup>, que ponen en relieve las relaciones entre mercado y patrimonio cultural, han contribuido a alterar el sentido público del espacio urbano en la medida en que califican al ciudadano como consumidor (Appadurai, 1986; García Canclini, 1996). Estos proyectos pretenden, en general, articular un eje convergente entre tradición y consumo, teniendo en cuenta: 1) Los centros históricos como sitios de convergencia de la población con un pasado común, expresión de una identidad de la nación, de la tradición y de la ciudadanía; y 2) La intervención como una forma de recobrar un espacio urbano como “espacio público” de ocio, entretenimiento y consumo de la población. Rehaciendo el trayecto político de valorización de esos sitios, las prácticas de *gentrification* expresan un reto que debe ser vencido: ¿cómo sostener la idea de que son políticas que pretenden recobrar el espacio público y promover un “regreso a la vida urbana”, cuando las actividades que nortean tales políticas son excluyentes y asimétricas en cuanto a las reales posibilidades de uso y refutación? ¿En otras palabras, la planificación estratégica del urbanismo empresarial, basado en el *market lead city planning*, representa una negación de la ciudad como espacio político, en la medida en que transforma el espacio público en espacio para el espectáculo, entretenimiento y consumo?

Este artículo pretende ser una pequeña contribución analítica en la defensa de la vida pública en la experiencia urbana contemporánea. Teniendo como referente empírico el proceso de “revitalización” urbana del Barrio del Recife Antigo, pretende analizar dos aspectos importantes, a saber: 1) Cómo las prácticas constitutivas de la formación de los lugares en el espacio urbano inciden sobre la formación del espacio público; y 2) Cómo ese proceso puede contribuir para que se hagan las necesarias distinciones conceptuales entre los conceptos de espacio urbano, esfera pública y espacio público. Sobre este segundo aspecto cabe señalar que mi texto defiende que esos términos pueden y deben ser considerados distintos, en la medida

---

\*\* Rogério Proença Leite é doutor em Ciências Sociais pela UNICAMP e professor de sociologia da UFS. É Pesquisador do CNPq, Pesquisador Associado do CEMI-UNICAMP e Articulador da Rede Brasil-Portugal de Estudos Urbanos (CNPq e CAPES/GRICES).

<sup>1</sup> La expresión *gentrification* (ennoblecimiento) es utilizada por autores como Harvey (1992), Featherstone (1995) y Smith (1996) para designar formas de iniciativas que eligen ciertos espacios de la ciudad como centros especiales. Sharon Zukin (1995) utiliza la misma expresión para designar la transformación de los significados de una localidad histórica en un segmento del mercado, considerando la apropiación cultural del espacio desde el intenso flujo de capitales que establece formas de *consumo visual*.

en que la utilización de cada uno de ellos implica diferentes formas de comprensión sobre la dimensión pública de la vida urbana contemporánea.

### **Identificando lugares y Fronteras: el Barrio de Recife Antiguo**

El proceso de *gentrification* del Barrio del Recife Antiguo, en la ciudad de Recife, Estado de Pernambuco, fue iniciado en los años 1990 y no se constituyó en una experiencia separada de las prácticas contemporáneas de preservación del patrimonio en Brasil. La implantación, sin embargo, ha sido interpretada como el marco de una nueva fase de las políticas de patrimonio, por haber adoptado un modelo mixto de gestión, basado en el sistema de asociación entre el poder público y la iniciativa privada, incluyendo recursos de la *Prefeitura* de la Ciudad de Recife, del Gobierno del Estado y del BID, a través del PRODETUR y del Programa MinC/Monumenta<sup>2</sup>. El Plan de Revitalización del Barrio del Recife Antiguo ha seguido el llamado *city marketing*, cuyas prácticas comprenden un conjunto de intervenciones urbanas volcadas a la transformación de sitios históricos degradados en zonas de entretenimiento urbano y consumo cultural. La característica más recurrente de esas intervenciones urbanas que pretenden modernizar recursos potenciales para una mejor inserción en la “competencia inter-ciudades”<sup>3</sup> ha sido una relocalización estética del pasado, cuyo patrón inmutable de prácticas que mimetizan el espacio público tornan el patrimonio una mercancía cultural, pasible de ser apropiada por la población y por el capital.

Esas prácticas de *gentrification* emprenden lo que podría llamarse un “embellecimiento estratégico”, término utilizado por Walter Benjamin (1997) para comentar las reformas urbanas de París realizadas por Haussmann en el contexto del bonapartismo autoritario pos-1848, cuyos despliegues europeos hicieron de la Viena de la *Ringstrasse* un icono del liberalismo austríaco (Schorske, 1990). Más de cien años después, las prácticas de intervención urbana continúan “embelleciendo” estratégicamente las ciudades históricas a través de las políticas de patrimonio cultural. Sin embargo, aunque intenten evitar barricadas,

---

<sup>2</sup> El Monumenta surgió de un acuerdo financiero a través de una asociación entre el Ministerio de la Cultura y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), firmado en París en marzo de 1999. En la primera etapa del acuerdo, el proyecto N°. BR-0261 del *Program to Preserve Urban Historical and Cultural Heritage*, cuya agencia directiva en Brasil era el propio Ministerio de la Cultura, preveía la movilización de aproximadamente US\$ 200 millones, siendo US\$62.5 del BID, US\$62.5 millones del propio gobierno brasileño (incluyendo la participación de los Estados y Municipios). Más detalles, revisar: Leite (2004).

<sup>3</sup> La “competencia inter-ciudades” se refiere al incremento de las políticas de patrimonio como recurso estratégico para potenciar la expansión del mercado de captación de recursos en el interior de los flujos globales (Fortuna, 1997).

esas políticas levantan sus propias fronteras cuando segmentan y disciplinan ciertos espacios urbanos para uso extensivo del ocio, turismo y consumo. La pregunta de Doña Chiquinha, una vieja moradora del Barrio del Recife Antigo, sintetiza ese *impasse* para las políticas contemporáneas de “revitalización” del patrimonio cultural urbano: “¿Será que yo nací aquí pero a la hora en que este barrio se embellezca no habrá de tener una esquina pa' mí? ¿No habrá un sitio pa' Cícera ? ¿Y pa' aquel pueblo todo de la Comunidad Nuestra Señora del Pilar?”<sup>4</sup>

Aunque el resultado más evidente del proceso de *gentrification* del Barrio del Recife Antigo haya sido su inmediata transformación en un polo de ocio, no se eliminaron los aspectos contradictorios del paisaje urbano. En el entorno de las principales calles “revitalizadas” los mendigos dormían en los paseos oscuros, la basura se amontonaba en un callejón de ruinosas edificaciones antiguas, los niños olían pegamento, las prostitutas parecían disimular sus intenciones: todos cautelosos, como reconociendo que estaban en desventaja en esa disputa por los lugares que avanzaba por todo el espacio local.

Así como no había una caminata casual que llevase al Barrio del Recife Antigo, tampoco había posibilidades de una permanencia casual en su interior. Para *estar* en el Barrio era necesario hacer elecciones, mapear direcciones, elaborar itinerarios, ocupar espacios. Lejos de ser una homogénea configuración social, el Barrio del Recife Antigo pasó a ser un múltiple arreglo social de contrastes: en la conjunción entre espacio público y patrimonio cultural urbano se construyeron distintos mecanismos de interacción mediados por la *diferencia*. Día y noche pasaron a establecer marcos simbólicos profundos en la vida del Barrio. Durante el día los espacios no se diferenciaban unos de los otros. Por la noche, cuando la agitación de los bares se intensificaba y otras sociabilidades creaban nichos espaciales en diferentes calles, el Barrio parecía un escenario pequeño para una ciudad entera que ha querido ver y ser vista. En una disputa por la apropiación de los espacios, las personas buscaban un modo de pertenecer, de ser parte de un lugar que se transformaba en una de las zonas de mayor visibilidad pública de la ciudad. Esta segmentación, moldeada por las fronteras simbólicas que se erguían por las calles, se intensificaba con los flujos nocturnos provocados por las personas en dirección a diferentes puntos del Barrio.

---

<sup>4</sup> Declaración de Francisca Lopes Gomes al autor, en la Comunidad Nuestra Señora del Pilar, Barrio de Recife Antigo, 11 de abril de 2000.

A partir de esos flujos se constituyeron por lo menos cuatro espacios de significación y una zona liminar de pasaje en el Barrio del Recife: el Polo del Buen Jesús, el Polo Moneda, la Comunidad Nuestra Señora del Pilar, el Marco Cero y la zona de pasaje comprendida por el eje entrecruzado de dos grandes avenidas rectilíneas: las Avenidas Marqués de Olinda y Río Branco.

El Polo del Buen Jesús, centro de irradiación de todo el proceso de *gentrification*, se volvió el espacio más ennoblecido del Barrio. Con la “revitalización”, las viejas prostitutas que residían en los pisos superiores de las casas de la Calle del Buen Jesús fueron desalojadas, y las antiguas edificaciones fueron reformadas: ahora abrigan sofisticados *pubs*, restaurantes y *dancing bar*. El aire sombrío del muelle del puerto, en cuya bruma de pecado y peligro el barrio buceaba, fue sustituido por la abundancia de las luces y por los ruidos de las fiestas. Jóvenes de clase media pueblan las filas en las puertas de los bares y las parejas ocupan las mesas dispuestas en los paseos: el Barrio del Recife Antiguo se volvió un agitado punto de encuentro, consumo y ocio. Tal vez ningún otro espacio en la ciudad fue capaz de convergir a tan diferentes contendientes por una visibilidad pública. A las seis de la tarde se cerraba el tránsito de autos por sus calles. Caballetes de madera y un reforzado esquema de seguridad transformaban este trecho de la ciudad en un *boulevard* artificial. Poco a poco las calles eran tomadas por las personas y los paseos por las mesas de bares y restaurantes.

Sin embargo, no todo concurría a componer un mismo paisaje urbano: a pocos metros de las calles “revitalizadas”, los antiguos habitantes –que no frecuentaban los bares y restaurantes del Barrio– se amontonaban en una pequeña zona residencial. En casas de mampostería, cartón y madera, los moradores de la Comunidad Nuestra Señora del Pilar se preguntaban cuál sería su lugar en el Plan de Revitalización. La comunidad se asentó en lo que parecía ser un lugar olvidado y sin valor para la ciudad: entre los fondos de dos industrias, bajo el ruido ininterrumpido de las máquinas y camiones, en el abandonado patio de la antigua Iglesia del Pilar. En una calle de tierra, sentada en un banco sobre ese suelo de tierra batida, Doña Chiquinha, como es conocida la antigua moradora Francisca Lopes Gomes, recordaba la época en que la “revitalización” comenzó, sin la nostalgia de quien lamenta el pasado, pero con la franqueza de quien veía el “embellecer” del Barrio mientras su comunidad apenas podía caminar libremente por las calles “revitalizadas”. Indignada, Doña Chiquinha guarda hoy, en la voz, la sedición de quien oyó muchas promesas y vio pocos cumplimientos: “*Nosotros aquí residimos en un abandono. Residimos aquí en una basura, en un abandono.*”

*Nosotros no tenemos baño, nosotros no tenemos agua, nosotros no tenemos luz. Lo que aquí tenemos mucho son ratones, inmundicia, para infectar a la gente de aquí. (...) ellos solo reurbanizaron el Recife Antiguo. Aquello allí es del empresario y para ellos. La reforma [revitalización] le está sirviendo a ellos y no a nosotros”<sup>5</sup>.*

El proceso de “revitalización” cambió el paisaje urbano del Barrio del Recife Antiguo, pero no alteró las asimetrías que demarcaban los espacios de las desigualdades sociales del lugar. Al contrario, parece que profundizó ciertas distancias sociales, visibles en las distintas formas de permanencia temporal y espacial, que pasaron a revelarse en las dispares sociabilidades que se estructuraban en los diferentes horarios y locales de la vida cotidiana del Barrio. Mientras la Calle del Buen Jesús levantaba sus caballetes e intentaba disciplinar los usos del espacio, las personas que no pudieron -o no quisieron- compartir las actividades de consumo explícito trashumaban para otros espacios. Uno de los “puntos de fuga” del Barrio del Recife Antiguo fue exactamente otro Polo que se desarrolló fuera de la planificación del Plan de Revitalización. El denominado Polo Moneda, analizado en un trabajo anterior (Leite, 2002), fue un caso de ocupación espontánea en un área del Barrio que aún no había sido “revitalizada”. Algunos bares, volcados a un público joven, formaban el perfil *underground* del lugar, llamado muchas veces “Berlín Oriental”. Sin embargo, hubo un espacio en el Barrio del Recife donde la contienda pública por el reconocimiento político de los diferentes modos de pertenecer a la ciudad ganó mayor visibilidad y eficacia: el Largo del Marco Cero, espacio de convergencia y de fronteras liminares. Lugar donde la “diferencia se encontraba”, el Largo pasó a desempeñar un papel fundamental en la afirmación de los diferentes lugares y sociabilidades que se estructuraban en el Barrio. Me ocuparé brevemente de él en el apartado siguiente.

### **Entre-lugar: el Largo del Marco Cero**

La ausencia de una demarcación simbólica específica hizo del Largo un espacio vulnerable a las apropiaciones dispares, contribuyendo para que se volviese un espacio de interacciones disonantes, en el cual las diferencias perdían su característica de extrañeza: su paisaje social indefinido estaba compuesto exactamente por la ambigüedad y el contraste de los usos y contra-usos concomitantes de un Barrio ennoblecido. Era en el Largo donde las sociabilidades

---

<sup>5</sup> Idem.

podieron igualmente ver y ser vistas, sin la mediación simbólica y normalmente favorable al refuerzo de las identidades de los espacios de origen en el que surgían.

La intervención en el Marco Cero condensó una parte sustantiva de la política de *gentrification* implantada. Antes de la reforma, el lugar era una pequeña plazoleta con bancos de madera, donde se podía, a la sombra de sus árboles, conversar a cualquier hora del día. Era un lugar que invitaba a mirar y perderse en el paisaje natural del puerto, en la calma casi somnolienta del final de la tarde al margen del muelle. El Marco Cero era un lugar de permanencia, y no apenas de paso, que evocaba el Puerto y el propio Barrio del Recife Antiguo como ningún otro lugar. En cierta forma uno sentía haber llegado al Barrio sólo cuando iba hasta la plaza, adonde estaba la estatua del Barón de Río Branco mirando al mar, junto al pequeño monumento que localizaba el hito cero de la ciudad.

Con la reforma, la plazoleta fue simplemente arrasada: le arrancaron los árboles con tractores, removieron bancos y veredas y rehicieron su traza, que ganó perfil de Largo. La estatua de Río Branco fue desplazada a un costado, entre soleadas palmeras imperiales. Un nuevo piso dibujó una enorme rosa de los vientos en su centro (sólo visible cuando se sobrevuela el lugar), contorneada por la frase: “*Vi el mundo... comenzaba en Recife*”<sup>6</sup>. El resultado fue la transformación de un espacio potencial para el encuentro público en un espacio para espectáculos públicos. Sin bancos y sin sombra, el nuevo Largo del Marco Cero repetía una experiencia común en las grandes metrópolis: la remoción de los equipamientos urbanos que aseguraban la permanencia fortuita de las personas en los lugares.

El enorme vacío del Largo, solamente ocupado en días de grandes eventos –shows que movilizan una masa disforme y temporaria de personas–, pasó a ser la representación urbanista más fiel de la idea empresarial del Plan de Revitalización del Barrio del Recife Antiguo al alterar la imagen del Barrio, transformándolo en un “*espacio público para reunión y espectáculo*”<sup>7</sup>. La reforma del Marco Cero tuvo dos objetivos fundamentales. Primero, imprimir en el Barrio una imagen-símbolo de la propia reconquista de una zona que ya fue, en el pasado, una de las más importante de la ciudad de Recife. La reforma marcaría esa reapropiación de un área histórica, cuyo patrimonio cultural estaba siendo igualmente

---

<sup>6</sup> El diseño del piso, con la rosa de los vientos y la referida frase, fue una concepción del artista plástico brasileño Cícero Dias.

<sup>7</sup> Agencia de Desenvolvimento Econômico do Estado de Pernambuco-AD/DIPER. *Plano de Revitalização-Bairro do Recife*. Planificação Urbana e Economia, vol .1. Recife, 1992: 37-39.

redescubierto y revalorizado. Segundo, la reforma venía a suplir una deficiencia del lugar: la falta de un espacio amplio para eventos de gran porte. Inicialmente, los usos diurnos del Largo fueron visiblemente perjudicados por la imposibilidad de permanencia en un espacio desprovisto de protección ambiental contra las soleadas mañanas del nordeste brasileño. Por la noche, los grandes eventos masivos fueron naturalmente transferidos al Largo, que pasó a abrigar una multitud sin los trastornos usuales de los otros Polos. Durante esos eventos, una vez más se colocaban los caballetes que lograban ser eficaces para desviar el flujo del tráfico de automóviles (la Avenida Alfredo Lisboa, que pasa por el Largo, es una de las principales vías axiales del Barrio) y también para demarcar los límites de acceso a los vendedores ambulantes.

En el Largo pudieron verse los habituales frequentadores del Buen Jesús, los usuarios del Polo Moneda, los personajes liminares del eje Marqués de Olinda-Río Branco (incluyendo prostitutas), los estratos más bajos que tienen en esos eventos su oportunidad de frecuentar el Barrio, bandas de jóvenes, turistas, familias, personas mayores, niños, chicos de la calle, pequeños vendedores de la Calle del Buen Jesús y probables habitantes de la Comunidad Nuestra Señora del Pilar. Finalmente, todos los *ruidos visuales* (ennoblecidos o contraennoblecidos) que, en el Largo, perdían naturalmente esa característica conflictiva y se volvían simplemente diferentes personas que usaban el lugar.

En el amplio espacio del Largo las sociabilidades eran marcadas por el clima de fiesta. Algunas parejas bailaban, otras personas solamente asistían a los shows. Era común que sus frequentadores se mezclasen con facilidad, hecho que difícilmente ocurría en los otros Polos del Barrio. En noches normales, sin la agitación de los eventos, el Largo desempeñaba en el Barrio del Recife Antigo el papel de mantener la ciudad abierta. Bien iluminado y espacioso, aunque hubiese perdido en el tiempo diurno las posibilidades de permanencia, por la noche el Largo ganó un atributo que antes no tenía: el de ser un espacio sin fronteras definidas, donde simplemente se podía deambular sin recurrir al consumo como en el Polo ennoblecido del Buen Jesús. La escala ampliada del Largo imprime una sensación de vacío y alejamiento que, en cierto modo, dificultan los contactos más próximos entre las personas, reforzando la funcionalidad ecléctica de la organización del espacio urbano y arquitectónico haussmaniano de la “París” brasileña.

En el Barrio del Recife Antigo, a despecho del carácter monumental del eclecticismo y del

enorme vacío que se formó en el Largo del Marco Cero, los usos y contra-usos sociales subvirtieron aquel escenario ennoblecido. Quizá exactamente por haber sido transformado en esa enorme escena para eventos grandiosos de entretenimiento, el Largo pasó a ser objeto de manifestaciones sociales y políticas de la ciudad, volviéndose uno de los espacios más centrales y de mayor visibilidad pública del Barrio que, a su vez, ya se había transformado en un espacio central de Recife. Al abrigar actos públicos de significativa carga simbólica, el Barrio, a través de su Largo, revelaba la más contundente subversión del uso: el que se extendía más allá del consumo y el ocio y alcanzaba la dimensión propiamente política de la ciudad. El antiguo Barrio del Recife nunca tuvo un espacio político central para manifestaciones públicas, exceptuando los movimientos huelguistas de los trabajadores del puerto. Los grandes actos públicos y las marchas de protesta generalmente sucedían a lo largo de la Avenida Boa Vista y terminaban en la llamada Plazoleta del Diario, lugar en donde se sitúa la sede del Diario de Pernambuco. Las manifestaciones que allí ocurrían se aseguraban, así, su divulgación por el periódico más importante de la ciudad. Había, por tanto, una elección estratégica en razón de la visibilidad que el lugar representaba para la esfera pública.

Sin embargo, con el proceso de *gentrification* del Barrio, que resultó en la creación de un área de visibilidad pública, hubo también un desplazamiento de la esfera de la vida política de la ciudad hacia ese espacio central. De la misma forma en que pasó a tener una variada programación de eventos, el Largo del Marco Cero también abrigó diversos actos públicos. En noviembre de 2000 se realizó un culto ecuménico de repudio al antisemitismo, que reunió a las iglesias Episcopal Anglicana, Presbiteriana, Bautista y Luterana, además de representantes de la Congregación Israelita Paulista<sup>8</sup>. El evento fue un pedido público de perdón a los judíos y tuvo al Marco Cero como lugar escogido no sólo por estar próximo al predio donde existió la primera sinagoga americana, sino por ser ese espacio que refleja y amplía la visibilidad de los acontecimientos que en él ocurren. Manifestaciones que mezclan fiesta y acto público también empezaron a ocurrir en la “escena-arena” del Marco Cero. El acto público llamado “Día del ¡Basta! Quiero Paz” reunió a una multitud de manifestantes a pesar de la lluvia. Organizado por ONGs con el apoyo de la prensa local, el hecho congregó a la gente en un acto ecuménico precedido por un festival artístico y cultural que contó con la participación de grupos que normalmente se presentaban en la Calle de la Moneda (Kerosén Caimán, Maestro Salustiano, Jorge Cabellera), además de improvisadores y otros invitados. El

---

<sup>8</sup> Diário do Comércio, Recife, 14 de noviembre de 2000.



acontecimiento tuvo, obviamente, una gran repercusión en la prensa local.

Los primeros actos, manifestaciones y rituales públicos fueron los indicios preliminares de una reconquista práctica y simbólica del Barrio, cuyas fronteras y usos ya anunciaban que difícilmente se mantendría como un mero espacio de consumo y ocio, socialmente aséptico y despolitizado. El Plan de Revitalización se había propuesto transformar al Barrio del Recife Antiguo en un “*espacio de ocio y diversión*” a través de la creación de un lugar que promoviese “*la concentración de personas en las áreas públicas creando un espectáculo urbano*”. Lo logró. Pero quizás no esperaba que ese espectáculo también posibilite prácticas sociales relacionadas con agendas políticas. Pretendió, y de la misma forma fue exitoso, promover la “Recuperación de la imagen del Barrio” y la “Manutención y valorización del patrimonio ambiental y cultural”<sup>9</sup>. Pero tal vez no haya imaginado que los usos del Barrio fueran a imprimir en esa imagen y en su patrimonio significados que sobrepasarían los límites del embellecimiento estratégico de las políticas de *gentrification*. El urbanismo empresarial parece olvidar que una ciudad está hecha de personas: “*...es necesario pensar en personas utilizando y transformando los espacios en que viven. Los paisajes vacíos pueden ser engañosos*” (Arantes, 1997).

La propuesta de “revitalización” del Barrio del Recife Antiguo fue un punto común en la agenda del Partido del Frente Liberal (PFL) y del Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) en Pernambuco. La alianza entre los dos partidos viabilizó la candidatura de Jarbas Vasconcelos al Gobierno del Estado, a cambio de su apoyo a la reelección del entonces *Prefeito* de la capital, Roberto Magalhães. La reforma del Barrio era una vidriera política del PFL, que intentaba consolidar su imagen y hegemonía política en una capital que siempre había sido el reducto de la izquierda en el Estado. La aproximación entre Jarbas y Joaquim Francisco (PFL) permitía asegurar la continuidad del proyecto de “revitalización” y por otra parte alteró el cuadro sucesorio en Pernambuco, desbancando a Miguel Arraes de su tentativa de reelegirse gobernador por tercera vez. Elegido gobernador en 1997, Jarbas retribuyó el apoyo a Roberto Magalhães en la elección para *Prefeito* en el año 2000, sellando la alianza PFL-PMDB. Sin embargo, el resultado fue un duro golpe para las pretensiones del PFL de mantenerse en el poder y para la creencia de que Jarbas era imbatible en la capital del

---

<sup>9</sup> Agencia de Desarrollo Económico del Estado de Pernambuco-AD/DIPER. *Plan de Revitalización - Barrio de Recife*. Planificación Urbana y Economía vol.1. Recife, 1992: 37-39

Estado: quien ganó las elecciones municipales fue el Partido de los Trabajadores (PT) con João Paulo, en pleito muy disputado pero en el medio de un proceso en el cual el PT –el Partido del actual Presidente Lula- capitaneó los votos en muchas ciudades importantes, consolidándose desde el punto de vista electoral en el ámbito nacional.

En la edición del día 30 de octubre de 2000 el Diario de Pernambuco anunciaba en primera página: “Recife, Una Ciudad Roja”. La noticia daba cuenta de que el PT había conmemorado su victoria justamente en el Largo del Marco Cero. En un ritual de apropiación simbólica de la ciudad, los militantes y simpatizantes del partido, juntamente con el alcalde elegido João Paulo, ocuparon todo el Barrio, que quedó pequeño para la cantidad de gente que compareció en el lugar. Vestida de rojo y al ritmo de un trío eléctrico, la multitud ocupó la zona del Marco Cero y su entorno en una ruidosa manifestación pública de reconquista política de un espacio que fuera reformado por el PFL y constituido como ícono de una ciudad ennoblecida. Este acto público, con todas las características de una fiesta del pueblo, fue el mayor *ruido visual* que el Barrio pudo haber tenido.

Con el carácter central que ganó el Barrio al transformarse en uno de los espacios de mayor visibilidad pública de la ciudad, la conmemoración del PT reafirmaba una tendencia ya observada antes: el Barrio del Recife Antigo como un todo, y en particular el Marco Cero, se convirtieron en un espacio para la representación pública de diferentes visiones del mundo y de legitimación para distintas reivindicaciones. Como buena parte de las manifestaciones que pretenden inscribir nuevos sentidos a ciertos espacios de la ciudad, la conmemoración del PT fue una forma de ritual público de construcción de un espacio de significación. Como resalta Antonio Arantes: “...*las manifestaciones públicas del conflicto social no eclosionan en cualquier calle, en cualquier plaza, en cualquier día u horario. Ellas buscan, en cambio, lugares y ocasiones determinadas: aquellas que se presentan como adecuadas desde el punto de vista de las significaciones que encierran y de la producción de nuevos significados que ocasionan*” (Arantes, 2000:102).

La reconquista de la ciudad representada por el Marco Cero no sucedió solo por ser éste un espacio físicamente apropiado para la reunión de un gran número de personas. Más que eso, el Largo pasó a condensar los sentidos de *pertenencia* de sus usuarios. La frase irónica de un militante sintetizaba bien el sentido que marcó la elección del Largo como lugar para la manifestación. Parfraseando la expresión inscripta en el piso del Marco que destacaba la

exaltación de una identidad regional (“*Vi el mundo... comenzaba en Recife*”), él dijo: “*Vi Recife y él comenzó con la victoria del PT*”<sup>10</sup>.

El proceso de *gentrification* del Barrio del Recife Antigo no resultó en una única forma de recuperar el sentido político de la ciudad. Aún sustrayendo de los usuarios (principalmente residentes antiguos) lo que pasó a presentar a observadores (Certeau, 1998), el desalojo de los sujetos no implicó la supresión de una vida pública. Es en esta dirección que me gustaría proponer que el modo como esos observadores pasaron a tener importantes interacciones con esos marcos ennoblecidos hizo subsistir una sociabilidad pública, marcada por una nueva lógica interactiva, construida desde las demarcaciones espaciales de la diferencia, las que resultaron en actos (públicos, colectivos o no) de apropiación de lugares.

## Lugares

Las fronteras que demarcaban los espacios del Barrio del Recife Antigo pasaron a guardar estrecha relación con los usos predominantes que les calificaban como lugares. Por *lugar* comprendo una determinada demarcación física o simbólica en el espacio, cuyos usos lo califican y le atribuyen sentidos convergentes, orientando acciones sociales y siendo por éstas delimitado de manera reflexiva. Un *lugar* es, así, un espacio de representación cuya singularidad es construida por los “territorios de la subjetividad” (Guattari, 1985) mediante prácticas sociales y usos semejantes. En el Barrio del Recife Antigo, pese a la existencia de usos diversificados y representaciones disonantes sobre cada uno de sus espacios, había una convergencia de sentidos en cada uno de ellos: la Calle del Buen Jesús era típicamente un lugar de consumo, la Calle de la Moneda un lugar de fuga y refugio, la Comunidad Nuestra Señora del Pilar un lugar predominantemente de refugio y vivienda.

Los lugares urbanos tienen fronteras, pero ellas no son necesariamente fijas y mucho menos dadas: son construidas socialmente y negociadas cotidianamente con otros lugares en el complejo proceso de interacción pública a través del cual se afirman sus singularidades, emergen conflictos, disensiones y, eventualmente, acuerdos. Una convergencia de sentidos es así la condición necesaria para que un espacio se transforme en *lugar*. Dicha convergencia no implica necesariamente un acuerdo, pero sí una *posibilidad de entendimiento*. En términos

---

<sup>10</sup> Diario del Commercio, Recife, 31 de octubre de 2000.

generales, podríamos decir que el acuerdo se refiere al producto final de una interacción racional, sea ella resultante de una “acción comunicativa” o de procesos políticos de construcción de hegemonías. Por el contrario, lo que llamo aquí una *posibilidad de entendimiento* es ante todo el propio proceso constitutivo de convergencia de sentidos. Para que haya sentidos compartidos es necesario que ocurra un *entendimiento* mínimo sobre lo que representa un lugar y sobre los códigos culturales que lo califican.

La coexistencia de los *lugares* en situaciones de espacio compartido, como en el caso del Barrio del Recife Antiguo, induce a contextos que tienden a la necesaria formación de espacios públicos. Toda vez que los *lugares* no existen por sí mismos, pero se estructuran internamente a través de experiencias y subjetividades compartidas, mantienen una singularidad e integridad de las identidades de tribus mediante la *contraposición*. En otras palabras, aunque signifiquen una demarcación social que *estría* los espacios de la ciudad, necesitan contraponerse a otros *lugares*, en la afirmación pública del reconocimiento de su propia existencia y singularidad. De hecho, cuando en un espacio convergen muchas representaciones disonantes a través de una no-demarcación de *lugares* o la coexistencia de diferentes *lugares* –que implican distintas concepciones del mundo y reivindicaciones de validez–, la visibilidad social se vuelve políticamente necesaria para que esas distintas representaciones, como *lugares*, afirmen su singularidad como *diferencia*. Esos *lugares*, como sugiere Martín-Barbero, más que anhelar ser representados demandan ser *reconocidos*: “(...) *volverse visibles socialmente, en su diferencia*” (Martín-Barbero, 2000: 45). Las contiendas, que inciden sobre las demarcaciones sociales urbanas y disuelven las condiciones de *entendimiento* en dirección a una búsqueda del *reconocimiento*, pueden resultar tanto en un enfrentamiento político más elaborado como en una mera contraposición de estilos de vida, marcados por las formas cotidianas de códigos rituales de conducta. En ambos casos son establecidas las bases políticas de los usos públicos de los espacios de la ciudad.

La confluencia entre las sociabilidades comunitarias y sus lugares no sólo es necesaria –para afirmar públicamente las diferencias que necesitan ser reconocidas (Martín-Barbero, 2000)–, sino imprescindible para la propia demarcación social y espacial de los lugares. La forma binaria y contrastante subsiste (pertenecer o no pertenecer, compartir o no compartir) como mecanismo que opera la distinción entre identidades (Woodward, 2000). Por lo tanto, siempre debe haber la posibilidad real de una convergencia de sentidos en la formación interna de los lugares, al mismo tiempo en que es igualmente necesario que los valores, sentidos y acciones

que delimitan y configuran los lugares puedan tener una existencia que exteriorize los lugares como modo de atender a las demandas de visibilidad y legitimidad públicas. Esa existencia externa implicaría el desplazamiento táctico de las sociabilidades internas que caracterizan ciertos lugares hacia otros espacios en los que la visibilidad y confrontación públicas permitiesen que esas sociabilidades se afirmasen. En otras palabras, los lugares necesitan de un espacio social que les trascienda y les cuestione.

### **De los Lugares al Espacio Público**

Una primera sugerencia analítica para comprender la naturaleza pública de la vida urbana contemporánea, consecuente con el caso del Barrio del Recife Antiguo, es que no se tome el *espacio público* como *dado*. Él no antecede acciones y espacios, sino que se constituye en el curso de esas acciones que atribuyen sentido y crean *lugares* en los espacios de la ciudad. Una de las principales consecuencias de esta premisa sería la necesidad de desmembrar las categorías analíticas del debate sobre el posible carácter vano del “espacio público”. ¿Al final, de qué *espacio* se habla?

Parte de las ponderaciones en torno del concepto de espacio público no se refieren a una única problemática: diferentes abordajes tratan el tema con por lo menos tres distintas connotaciones: como espacio urbano abierto de propiedad pública del Estado (*Public Property*); como espacio-signo de las relaciones entre representaciones y poder que estructuran paisajes urbanos (*Semiotic Space*); y como esfera pública (*Public Sphere*) en la que los individuos como ciudadanos, políticamente enrolados, pueden ver y ser vistos, y viven bajo formas de solidaridad social (Gulick, 1998: 136).

Parte del debate contemporáneo sobre “espacio público” retoma la crítica social como principio analítico para reafirmar la necesidad de la constitución de esos “espacios” como instancias en las cuales los derechos sociales puedan ser reconocidos, en una perspectiva en la que la ciudadanía supone la existencia de una sociabilidad basada en el reconocimiento de los diferentes valores e intereses de la sociedad. Varios autores han destacado justamente esas dimensiones conceptuales que articulan la noción de ciudadanía con la existencia de los espacios de sociabilidad pública, en contextos de democratización. Sea tomando el “espacio público” como *esfera* –como “arena” o “escenario” de debate, visibilidad y negociación– o como *espacio urbano*, el debate retoma los grandes temas relativos al carácter liberador de la

vida pública y a la permanente relación de lo público y de lo privado, remitiendo la discusión al árido terreno del debate sobre la existencia de un patrón de civilidad que supere la miseria, la exclusión y el autoritarismo. El principal foco de los abordajes que tratan el “espacio público” como *esfera pública* recae en las formas de participación política y organización de la sociedad civil al interior del debate sobre democracia y construcción de la ciudadanía, como por ejemplo en los análisis de Paoli & Telles (1998), Dagnino (1998) y Costa (2002).

De forma semejante, los análisis que utilizan el término “espacio público” como espacio urbano desarrollan, en la otra punta del debate, el mismo foco analítico en torno a temas semejantes: centrándose en la dimensión *espacial* de la desigualdad social, estos análisis recuperan el sentido de *lugar* y la dimensión pública del espacio urbano, traducidos en las distintas formas de ocupación de los espacios de la ciudad, en la construcción de los territorios urbanos y de los lugares políticos que expresan las demandas de ciudadanía, como proponen los estudios de Caldeira (1997), Magnani (1998) y Arantes (2000).

Aunque sea posible tomar como complementarias las nociones de esfera pública y espacio urbano, creo que es necesario, sin embargo, señalar ciertas características que cualifican a una determinada calle como espacio público. La idea de una calle como “espacio complejo de la ciudadanía” supone que el espacio urbano sea no sólo una “arena” –donde diferentes intereses se vuelven públicos– sino también que pueda estructurar las propias demandas que la ciudadanía reclama. En este caso se entiende que una noción de espacio público requiere, para cualificar como *públicos* determinados espacios urbanos de la vida contemporánea, una inserción de conceptos de doble vía entre *espacio* y *sociabilidad pública*. Implica, por lo tanto, relacionar dos procesos interdependientes que concurren simultáneamente en una única dirección: la *construcción social del espacio*, como producto y productor de prácticas sociales; y la *construcción espacial de la sociabilidad pública*, como producto y productor de las dimensiones espaciales de la vida social.

Los abordajes clásicos como los de Hannah Arendt y Jürgen Habermas tratan esa doble inserción de modo diferenciado. Para Arendt, las experiencias públicas compartidas en un “mundo común” son constitutivas de la noción de vida pública, cuya esfera pública es mucho más que el lugar de visibilidad de lo real: es el lugar de la “excelencia humana”, en la medida en que permite al hombre conocerse y afirmar su existencia, superando la “privación” de no poder “*realizar algo más permanente que la propia vida*”. Lo “público”, añade, es en

primer lugar lo que “*puede ser visto y oído por todos*”(Arendt, 1987: 67).

En Arendt, la *esfera* de la vida pública como “espacio potencial” de la elocución y de la acción se caracterizaría por la experiencia socialmente compartida, de la que resultan las acciones humanas, independientemente de los lugares donde esas acciones se estructuran. Esta concepción de una “esfera” privilegiada para las interacciones públicas es recobrada en otra perspectiva de análisis: en el abordaje de Habermas (1998), quien califica la esfera pública como *espacio social* generado en la interacción comunicativa. Retomando parte de la tesis central de su Teoría de la Acción Comunicativa, Habermas define la esfera pública como un dominio de la vida social en el que la opinión pública es formada y cuyo “espacio”, compartido subjetivamente, posibilita a los agentes reivindicar de modo comunicativo las *pretensiones de validez*<sup>11</sup>. La concepción de Habermas respecto de un espacio social para el (y del) actuar comunicativo refiere a contextos de la acción y no a configuraciones espacio-temporales concretas. Como Arendt, la noción de esfera pública en Habermas también reafirma el principio de la *interacción* sobre el de la localización. Como esa interacción a la que se refiere Habermas es *comunicativa*, cuyas subjetividades son compartidas por las situaciones de elocución, la formación de ese espacio social es construido por el lenguaje como una categoría ontológica del actuar comunicativo. En rigor, la esfera pública prescinde, de hecho, de alguna localización espacial, en la medida en que su principal característica se relaciona con las acciones de los agentes comunicativos. El ámbito de esta sociabilidad pública no es el espacio urbano aunque en él pueda esporádicamente constituirse. Aunque califiquen políticamente la esfera pública como un “espacio” potencial de interacciones, Arendt y Habermas superan –cada uno a su manera– el discutible abordaje que considera la existencia *a priori* del espacio público, cuyos desdoblamientos en los estudios sobre urbanismo terminan por tornar equivalentes los términos espacio público y espacio urbano abierto.

En la otra punta del debate, el análisis de Sennett (1998) sobre la sustitución de la cultura pública por la ideología de la intimidad permite analizar otros aspectos de la cuestión. A pesar de hacer una crítica a la sociedad intimista y defender abiertamente los usos públicos de la

---

<sup>11</sup> Quizás en uno de los raros textos en los que Habermas sintetiza de modo claro y directo su concepto de esfera pública, es destacado ese aspecto relativo a la formación de la opinión pública: “*By public sphere we mean first of all a domain of our social life in which such a thing as public opinion can be formed. Access to the public sphere is open in principle to all citizens. A portion of the public sphere is constituted in every conversation in which private persons come together to form a public*”. (Habermas, 1997: 105)

ciudad, Sennett no aclara si lo que llama “*espacio público muerto*” es causa o consecuencia de la formación de territorios en el espacio urbano, lo que, en su análisis, culmina en la “atomización” de las ciudades. Sennett afirma, inicialmente, que la impersonalidad de la vida pública es una de las razones por las cuales los individuos se refugian en los territorios personales o comunidades destructivas (Sennett, 1998:29). Pero enseguida afirma que la formación de la *Gemeinschaft* vació el espacio público (Sennett, 1998: 320). El problema es que solamente sería posible entender el aislamiento social como consecuencia, en la forma de las comunidades destructivas, si considerásemos la posibilidad de existencia anterior de un espacio público “muerto” y sin una cultura de la vida pública.

¿En qué sentido es posible hablar de la existencia de un espacio público sin cultura pública, sin interacciones, solo marcado por el aislamiento, donde el temor de una vida impersonal vacía la ciudad y tiraniza la intimidad en la forma de “*celebración de los guetos*”, de la formación de tribus sociales y del rechazo del desconocido como intruso? ¿Un espacio desprovisto de interacciones (conflictivas o no) continúa siendo un espacio público o se vuelve sólo un espacio urbano atomizado?<sup>12</sup> El diagnóstico de Sennett tiene la pretensión de generalidad: no se refiere a contextos específicos, aunque trate indirectamente aspectos de la vida londinense y neoyorquina, pero habla de una supuesta decadencia del *Public Man*. Con Sennett no es posible caracterizar cuando un espacio urbano puede tornarse (o dejar de ser) un espacio público. Por permitir que se denomine cualquier espacio urbano como “espacio público” (muerto o no) y que se continúe llamándolo así aún cuando dejen de existir las formas de interacción pública, el esquema analítico de Sennett no propone una clara distinción entre espacios urbanos que pueden ser potencialmente espacios públicos de otros que tienen pocas oportunidades de serlo, como en el caso de las calles urbanas que son “privatizadas” para dar acceso exclusivo a sus residentes, o las calles y lugares “públicos” que por falta de infraestructura son poco utilizados o aún ciertas vías urbanas como anillos viales, puentes y viaductos.

De la misma forma que la noción de esfera pública sugiere un predominio de la acción sobre el espacio, la noción de espacio urbano opera justamente al contrario. Pero no estará de más

---

<sup>12</sup> Sobre ese punto, Sennett ejemplifica su idea desde el patio “público” de Brunswick Centre, en Londres, cuyo planteo arquitectónico tendría como función separar el predio de los transeúntes de la calle, inhibiendo cualquier forma de interacción entre las personas. En el límite de su crítica a los espacios públicos de paso, Sennett llega a comparar la calle urbana al espacio público de pasaje por excelencia, aunque en ella no exista sobrevenida de cultura pública (Sennett, 1998: 26-28).



recordar que en una calle, a pesar del flujo continuo de personas en movimiento, la ausencia de *acciones* relacionadas con la interacción pública de diferentes puntos de vista hace que no exista una caracterización política que pueda distinguirla como espacio público. No obstante, es válido pensar la *calle* como un segmento del espacio urbano potencialmente relacionado con las experiencias públicas, en contraposición a la esfera de la vida privada, aun cuando cada vez más estas dos esferas se entrelazan en la vida moderna. Así la separación entre estos espacios de la vida social presenta frecuentemente áreas de confluencia que rediseñan las fronteras entre lo público y lo privado, cuyas configuraciones elaboran, como sugiere Arantes (2000), “*referenciales espacio-temporales flexibles*”. La *calle* es ante todo, por lo menos por definición, un espacio urbano de carácter predominantemente público, en el sentido de *Public Property* o propiedad pública del Estado (Gulick, 1998). En ella puede instituirse lo que Holston (1993) llamó un “*sistema de espacios públicos*” al referirse al desglose de calles y esquinas de la moderna arquitectura de Brasilia que elimina esos “*puntos de convivencia social*” cuya dimensión cotidiana se expresa (también) en las relaciones primarias de vecindad.

La existencia *per se* de calles y esquinas animadas no es, así, condición suficiente, aunque necesaria, para instituir –en el espacio urbano– un espacio público. La obstrucción privada de las calles puede inhibir la construcción de su sentido público, pero su desobstrucción no garantiza necesariamente que en ella se desarrollen usos y prácticas capaces de diferenciarlas como espacio público. Siguiendo el mismo razonamiento, la temporaria suspensión de actividades sociales en una calle tampoco significaría la ausencia de esa característica pública, sino tan solo la suspensión de ciertas sociabilidades en algunos días u horas. Pienso, en este caso, en aquellas zonas típicas de las grandes concentraciones públicas como el Valle de Anhangabaú en São Paulo, o la Plazoleta del Diario en Recife, que en días “normales” parecen sólo una vía pública cualquiera, aún cuando retienen unas significaciones diferentes para la población al representar lugares políticos. Es en este sentido que, al analizar las transformaciones del espacio público paulistano, Arantes (2000) enfoca las dimensiones políticas y culturales de la producción social del espacio, argumentando con Schechner (1993) que las manifestaciones de una sociabilidad pública no ocurren en cualquier *calle*, sino en ciertos espacios que tienen significaciones para los actores involucrados. Más que un simple “escenario” para determinadas prácticas sociales, el espacio se vuelve reflexivo: gana significación por las acciones y les es constitutivo.

La circunstancial relación causal entre esfera pública y espacio no torna menos admisible la premisa contraria: el espacio puede ser, en ciertos casos, más que una simple contingencia para la estructuración de las sociabilidades públicas. El espacio puede llegar a ser, en los casos en los que los agentes se reconocen por los significados comunes por ellos atribuidos, en factor de comprensión de la constitución de la propia esfera pública, en la medida en que ciertas dimensiones espacio-temporales inciden sobre los motivos de las acciones públicas. No por casualidad el Largo del Marco Cero, en el Barrio del Recife Antigo, fue también el lugar que pasó a abrigar actos públicos y manifestaciones políticas. Además de haberse convertido, incluso a consecuencia de su escala, en un espacio propicio para las aglomeraciones urbanas, el Largo retenía un sentido común para la Ciudad de Recife: era su hito cero, punto de origen, de llegada y de partida. Tal vez esa reminiscencia común haya sido la única sobrevenida de una experiencia más ampliamente compartida de *entendimiento* (típica de los lugares) que se mantuvo en el Marco Cero. Y, como consecuencia de esa eficacia genérica, el Largo posibilitó que la convergencia de diferentes sociabilidades tradujese ese *entendimiento* en dimensiones públicas (típica de los espacios públicos), diferenciando los lugares y el espacio público: dos categorías que igualmente presuponen una existencia reflexiva entre *espacio* y *acción*.

Me gustaría, por lo tanto, sugerir que una noción de espacio público, construida desde la confluencia entre los conceptos de esfera pública (de la cual retira la categoría acción) y de espacio urbano (del cual retiene la referencia espacial), necesitaría contemplar las relaciones de reciprocidad causal entre la construcción social del espacio y la localización espacial de las acciones sociales. De la relación entre *espacio* y *acción*, las prácticas interactivas (acciones) atribuyen sentidos a los lugares (espacio), que, a su vez, aportan a la estructuración de esas acciones, promoviendo la confluencia entre el espacio urbano y la esfera pública, estructuras conceptuales de las que la noción de espacio público retira sus principales categorías. Aunque se constituya en el espacio urbano, es posible entender el *espacio público* como algo que traspone la *calle*; como un conjunto de prácticas que se estructuran en un cierto lugar: como espacio social, un espacio público no *a priori* sólo como *calle* (que por el contrario, es siempre *calle*, vacía o no), pero que se estructura por la presencia de *acciones* que le atribuyen sentidos.

Aunque distintas, las nociones de espacio urbano y esfera pública tienen aspectos confluentes: aunque una *Public Sphere* no se limite a una determinada configuración física (cuando es

mediática o virtual, por ejemplo), puede estructurarse en un espacio urbano específico como una calle o una plaza. Aunque no sea *per se* un lugar de interacciones y reivindicaciones públicas (sean reivindicaciones de validez, ideológicas o instrumentales), el espacio urbano (*Public property*) puede llegar a constituirse en una *Public Sphere* cuando a su *espacio* le son atribuidos *sentidos* (tornándolo un *lugar*) para las reivindicaciones en curso. En este caso se entiende que determinadas reivindicaciones públicas guarden relaciones con los *lugares* sociales en las que se estructuran. Por lo tanto, una noción de espacio público que no considere las prácticas interactivas entre los agentes involucrados en la construcción social de su espacio estaría simplemente refiriéndose al espacio urbano; así como la noción que prescinde de una referencia espacial para las acciones interactivas entre los agentes podría llamarse esfera pública, en la medida en que, como acertadamente subraya Costa (2002): “*a pesar de la metáfora social que sugiere, equivocadamente, la existencia de una localización específica en la topografía social, la esfera pública se refiere más propiamente a un contexto de relaciones difuso en el cual se concretan y se condensan los intercambios comunicativos generados en diferentes campos de la vida social*” (Costa, 2002: 12).

## Conclusiones

Un espacio público, como categoría sociológica de la vida política de una ciudad, se estructura por la presencia de acciones que atribuyen sentidos a ciertos espacios urbanos. La dimensión propiamente conflictiva es, pues, inherente a la estructuración del espacio público en la medida en que éste puede ser traducido como el espacio del discurso, de la acción política y de la diferenciación. Si este presupuesto teórico es correcto, es posible hablar de la existencia o no de espacios públicos en áreas de *gentrification* desde las contiendas por la construcción de los diferentes lugares sociales, que en esos espacios pueden estructurarse como formas de exteriorizar las posibilidades de refutación y discordancia.

En el caso aquí propuesto se observa que el Barrio del Recife Antigo, aunque ennoblecido, no permaneció inmune a las diferentes formas de apropiación política de su entrecortado espacio. Conflictivas identidades pasaron a coexistir en el mismo espacio, reinterpretando el Barrio desde disonantes representaciones que las personas construían sobre sí mismas, sobre los otros y sobre sus propias nociones de lugar. El hecho de haber un rígido control del acceso a las calles revitalizadas no evidencia necesariamente la ausencia de un espacio público, sino tan solo de restricciones a los usos del espacio urbano. Esta segregación, solamente cuando es

acompañada de una pasiva aceptación de los excluidos, caracterizaría una muerte de hecho del sentido político de la ciudad, evidenciando la supresión del carácter público y político de la calle como espacio público.

Siguiendo el concepto de espacio público aquí sugerido, la dimensión propiamente pública de esas zonas ennoblecidas estaría implicada si las posibilidades de refutación y discordancia fuesen eliminadas con el exceso de segmentación urbana. No bastaría, así, con que esas posibilidades de discordancia sean minimizadas (como de hecho lo son) por el exceso de control y vigilancia de los usos segmentados de la ciudad, sino que se necesitaría, para suprimir el espacio público, que esas posibilidades fueran completamente extinguidas. Sin embargo, difícilmente podría ocurrir una eliminación completa, por el simple hecho de que eso implicaría la supresión radical del espacio urbano por el espacio privado. Las propuestas de ennoblecimiento, a pesar de las semejanzas, no podrían ser nunca condominios cerrados porque se nutren de la idea nostálgica de una calle verdadera, aunque virtual, en su limpieza, seguridad y armonía: una especie de calle desprovista de sus “enemigos”, casi una extensión de la propia casa (Leite, 2003). Por lo tanto, la fragmentación del espacio urbano en diferentes *lugares* no elimina necesariamente el sentido público de la vida urbana, pero lo modifica en la proporción en la que esa cartografía pública se vuelve compleja. Para convertirse en *locus* de la igualdad de derechos y de la libertad política, el *espacio público* debe soportar también las asimetrías de elocuciones y participación, que reflejan muchas veces las formas desiguales de inserción social de los agentes involucrados. Al contrario de perder su prerrogativa política con la discordancia, el *espacio público* se constituye desde las diferentes posibilidades de refutación, cuya igualdad de habla es constantemente reivindicada. Es en este sentido que podemos sugerir que las calles “revitalizadas” del Barrio del Recife Antigo se volvieron espacios de contienda y pasaron a retener una dimensión predominantemente pública, en la medida en que la permanencia (o no) de las personas se transformó en una forma de pertenecer al Barrio y, consecuentemente, de tener derechos reconocidos. El Barrio del Recife Antigo como un todo, y el Marco Cero en particular –como icono de la propia “revitalización” del Barrio– se volvieron un espacio público al convertirse en un espacio de *lugares*, que a través de su coexistencia realiza una afirmación pública de su propia existencia y singularidad.

La discordancia, pues, no elimina la prerrogativa política del espacio público sino que la anima. El sentido público de los espacios urbanos resulta también de la confluencia de

diferentes *lugares* y sociabilidades que instalan posibilidades de negación y discordancia, cuya igualdad de habla es constantemente desafiada. La sociabilidad pública, en este sentido, comprende tanto las prácticas interactivas a través de las cuales las personas comparten experiencias comunes, como la afirmación de sus diferencias a través de distintos espacios de relaciones sociales construidos desde las distintas demandas y sentidos de pertenencia y reconocimiento. Así, tendría sentido pensar en la concepción de *espacio público* también desde la constitución de esas diferencias que no sólo se estructuran en los *lugares*, sino que crean una dinámica interactiva a través de la cual dialogan entre sí en el ejercicio cotidiano y público de la afirmación de las diferencias culturales y de las relaciones de poder que reafirman y contestan desigualdades.

## Bibliografía

- Appadurai, Arjun. 1986. *The social life of things: commodities in cultural perspective*. Cambridge, University Press.
- Arantes, Antonio A. 1997. “Patrimônio Cultural e Nação”. En: Araújo, Angela M.C. *Trabalho, Cultura e Cidadania*. São Paulo, Scritta.
- \_\_\_\_\_. 2000. *Paisagens Paulistas: transformações do espaço público*. Campinas, Ed.Unicamp.
- Arendt, Hannah. 1987. *A Condição Humana*. Rio de Janeiro, Forense Universitária.
- Benjamin, Walter. 1997. “Paris, Capital do Século XIX”. En: Fortuna, C. (org). *Cidade, Cultura e Globalização: ensaios de sociologia*. Oeiras, Celta Editora.
- Caldeira, Teresa. 1997. “Enclaves fortificados: a nova segregação urbana”. *Novos Estudos*, Cebrap, nº 47.
- Certeau, Michel et al. 1998. *A invenção do Cotidiano. 2. Morar, cozinhar*. 2 ed, Petrópolis, vozes.
- Costa, Sérgio. 2002. *As Cores de Ercília*. Belo Horizonte, Editora UFMG.
- Dagnino, Evelina. 1998. “Culture, Citizenship and Democracy: Changing Discourses and Practices of the Latin American Left”. En: Alvarez, S. et all. *Cultures of Politics, Politics of Cultures*. Oxford, Westview Press.
- Featherstone, Mike. 1995. *Cultura de Consumo e Pós-modernismo*. São Paulo, Studio Nobel.

- Fortuna, Carlos. 1997. “Destradicionalização e Imagem da Cidade: o caso de Évora”. En: Fortuna, C. (org). *Cidade, Cultura e Globalização: ensaios de sociologia*. Oeiras, Celta Editora.
- García Canclini, Néstor. 1996. *Consumidores e Cidadãos: conflitos multiculturais da globalização*. Rio de Janeiro, Editora UFRJ.
- Guattari, Félix. 1985. “Espaço e Poder: a criação de territórios na cidade”. *Espaço e Debates*, 16.
- Gulick, John. 1998. “The Disappearance of Public Space: An Ecological Marxist and Lefebvrian Approach”. En: Andrew, L. & Smith, J.M. (orgs). (1998), *The Production of Public Space*. New York, Rowman & Littlefield Publishers.
- Habermas, Jürgen. 1997. “The Public Sphere”. En: Goodin, R. & Pettit, P. (orgs). *Contemporary Political Philosophy*. Cambridge, Massachusetts, Blackwell Publishers.
- \_\_\_\_\_. 1998. *Between Facts and Norms: Contributions to a Discourse Theory of Law and Democracy*. Massachusetts, The MIT Press.
- Harvey, David. 1992. *Condição pós-moderna*. São Paulo, Loyola.
- Holston, James. 1993. *A Cidade Modernista*. São Paulo, Companhia das Letras.
- Leite, Rogerio Proença. 2002. “Contra-usos e Espaço Público: notas sobre a construção social dos lugares na *Manguetown*”. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 49.
- \_\_\_\_\_. 2003. “Fora de Portas: o sobrado e seus inimigos”. En: Kosminsky, Ethel et al (orgs). *Gilberto Freyre em quatro tempos*. São Paulo, UNESP/EDUSC.
- \_\_\_\_\_. 2004. *Contra-usos da Cidade: lugares e espaço público na experiência urbana contemporânea*. Campinas, Editora Unicamp.
- Magnani, José Guilherme C. 1998. *Festa no Pedacço: cultura popular e lazer na cidade*. São Paulo, Hucitec/Unesp.
- Martín-Barbero, Jesús. 2000. “Dislocaciones del tiempo y nuevas topografías de la memoria”. En: Hollanda, H.B. & Resende, B. *Artelatina: cultura, globalização e identidades contemporâneas*. Rio de Janeiro, Aeroplano Editora.
- Montenegro, Antonio Torres et al. 1989. *Bairro do Recife; porto de muitas histórias*. Recife, Gráfica Recife.
- Paoli, Maria C. & Telles, Vera. 1998. “Social Rigths: Conflicts and Negotiations in contemporary Brazil”. En: Alvarez, S. et al. *Cultures of Politics, Politics of Cultures*. Oxford, Westview Press.
- Schechner, Richard. 1993. *The Future of Ritual*. Londres y Nueva York, Routledge.
- Schorske, Carl E. 1990. *Viena fin-de-siècle. Política e Cultura*. São Paulo, Companhia das Letras.

Sennett, Richard. 1998. *O Declínio do Homem Público*. São Paulo, Companhia das Letras.

Smith, Neil. 1996. *The New Urban Frontier: gentrification and revanchist city*. Londres y Nueva York, Routledge.

Woodward, Kayhyn. 2000. “Identidade e diferença: uma introdução teórica e conceitual. En: Silva, Tadeu Tomaz (org.). *Identidade e Diferença: A Perspectiva dos Estudos Culturais*. Petrópolis, Vozes.

Zukin, Sharon. 1995. *The Cultures of Cities*. Cambridge, Massachusetts, Blackwell.